

cillez de sus costumbres y aún de sus prácticas religiosas, se componía del padre, la madre, un hijo aún adolescente, y cuatro hijas, de las que la mayor tenía veinticinco años, y la más joven diez y ocho. El padre, que estaba todo el día ocupado en los trabajos de su oficio, iba alguna vez á oír por las noches á Robespierre á los Jacobinos, y volvía penetrado de admiración hácia el orador del pueblo, y de ira contra los enemigos de este joven y puro patriota. Madama Duplay participaba del entusiasmo de su marido, y la estimación que tenía por Robespierre le hacía encontrar honrosos y dulces los pequeños servicios de domesticidad voluntaria que le hacía, como si fuese su madre más bien que su huésped. Robespierre pagaba con su afecto estos servicios y esta adhesión, y encerraba su corazón en esta pobre casa. Hablador con el padre, filial con la madre, paternal con el hijo, familiar y casi hermano con las jóvenes, inspiraba y experimentaba en este círculo interior formado á su alrededor todos los sentimientos que un alma ardiente no inspira ni siente sino dilatándose mucho fuera de sí.

El amor mismo atraía su corazón hácia el sitio en donde el trabajo, la pobreza y el recogimiento fijaban su vida. Leonor Duplay, la mayor de las hijas de su huésped, inspiró á Robespierre un cariño más serio y más tierno que el que tenía á sus hermanas. Este sentimiento, más bien predilección que pasión, era más razonable en Robespierre, y más ardiente y sincero en la joven. Este era el amor que convenía á un hombre arrojado todo el día en las agitaciones de la vida pública, como un descanso del corazón después del cansancio del espíritu. «Alma viril,—decía Robespierre de su amiga,—ella sabía morir como sabe amar.» Se la llamaba Cornelia. Esta inclinación, confesada por los dos, fué aprobada por la familia, y vivían, pues, en la misma casa, más bien como novios que como dos amantes. Robespierre había pedido á la joven á sus padres, y le fué prometida. «La escasez de su fortuna y la incertidumbre del día siguiente le impidieron unirse á ella antes que el destino de Francia se aclarase; pero no esperaba—decía él—sino el momento en que la revolución terminase y se consolidara, para poder retirarse de la lucha, unirse con la que amaba é irse á vivir á Artois á una de las tierras que aún conservaba de los bienes de su familia, para confundir su oscura felicidad en la dicha común.»

De las demás hermanas de Leonor, á la que quería más Robespierre era á Isabel, la más joven de las tres, á la cual su paisano y colega Lebas pidió en matrimonio, y con quien casó poco tiempo después. Esta joven, á quien la amistad de Robespierre costó la vida de su marido once meses después de su unión, ha vivido más de medio siglo, sin haber renegado una sola vez de su culto por Robespierre, y sin haber comprendido las maldiciones del mundo contra el hermano de su juventud, que se le aparecía aún en su imaginación puro, virtuoso y dulce.

VI

Las vicisitudes de la fortuna, de la influencia y de la popularidad de Robespierre no cambiaron en nada la sencillez de su existencia. La multitud iba á implorar el favor ó la vida á la puerta de esta casa, en la que nadie penetraba. La vivienda personal de Robespierre se componía de un cuarto construido en forma de buhardilla encima del cobertizo, cuya ventana daba sobre el tejado, no teniendo

más vista que el interior de un patio semejante á un taller, en el que resonaba siempre el martillo y la sierra de los oficiales, y que madama Duplay y sus hijas atravesaban continuamente, atareadas en sus quehaceres domésticos. Este cuarto estaba separado de los que ocupaban los dueños de la casa por un pequeño gabinete común para la familia, y al otro lado, y también bajo el tejado, había dos gabinetes, ocupados uno por el hijo de la casa, y el otro por Simon Duplay, secretario de Robespierre y sobrino de su huésped. Este joven, cuyo patriotismo era tan ardiente como sus opiniones, anhelaba dar su sangre por la causa de que Robespierre era el alma. Alistado como voluntario en un regimiento de artillería, una bala de cañón le llevó la pierna izquierda en la batalla de Valmy.

El cuarto del diputado por Arras contenía nada más que un catre de nogal cubierto de damasco azul con flores blancas, una mesa y cuatro sillas de paja. Esta pieza le servía á la vez para dormir y para trabajar. Sus papeles, sus memorias, las copias de sus discursos escritas de su mano con letra regular pero trabajosa y llenas de borrados, estaban clasificados con cuidado sobre unas tablas de pino clavadas en la pared. Algunos libros escogidos, y en corto número también, estaban allí colocados; casi siempre un tomo de Juan Jacobo Rousseau ó de Racine estaba abierto en su mesa, y atestiguando su predilección filosófica y literaria por estos dos escritores.

Allí era donde Robespierre pasaba la mayor parte del día, ocupado en preparar sus discursos, no saliendo sino por las mañanas para ir á la Asamblea, y por las noches á las siete á los Jacobinos. Su traje, aún en la época en que los demagogos afectaban adular al pueblo imitando el cinismo y la desnudez de la indigencia, era aseado, decente y arreglado, como el de un hombre que se respeta á sí mismo. El cuidado un tanto esmerado de su dignidad y de su estilo se señalaba hasta en su exterior. El pelo empolvado y con bucles sobre las sienés, una casaca de un azul claro abotonada en la cintura y abierta por el pecho para dejar ver un chaleco blanco, calzón corto de color amarillo, media blanca y zapatos con hebillas de plata, formaban su invariable traje en su vida pública. Se hubiera dicho que, no cambiando nunca la hechura y el color de su vestido, quería imprimir su imagen como una medalla de su figura en la imaginación de la multitud.

Los rasgos y la expresión de su cara manifestaban la tensión perpetua de un espíritu que trabaja. Sus facciones se dilataban y tomaban el aspecto de la alegría en el interior, en la mesa, y por la noche al lado del fuego de las virtudes, en la sala baja del carpintero. Las noches las pasaba con la familia, hablando de las sensaciones del día, de sus planes para el siguiente, de las conspiraciones de los aristócratas, de los peligros de los patriotas, y de la perspectiva de la felicidad pública después del triunfo de la revolución. Esta casa era la nación en miniatura, con sus sencillas costumbres, con sus recelos, y algunas veces con sus sentimientos de ternura.

Un reducido número de amigos de Robespierre y de Duplay eran admitidos alguna vez en esta intimidad. Los Lameth y Petion, en sus primeros tiempos; alguna vez, Legendre, Merlin de Thionville, Fouché, que amaba á la hermana de Robespierre, y á quien éste no quería; con frecuencia, Taschereau, Coffinhal, Panis, Sergent y Piot; todas las noches, Lebas, Saint-Just, David, Couthon y Buonarrotti, patriota toscano descendiente de Miguel Ángel; Camilo Desmoulins, y

uno llamado Nicolas, impresor del periódico y de los discursos del orador; un cerrajero llamado Didier, que era amigo de Duplay, y en fin, madama de Chalabre, mujer noble y rica, entusiasta por Robespierre, entregándose á él como las viudas de Corinto ó de Roma á los apóstoles del nuevo culto, ofreciéndole su fortuna para que sirviese á la popularización de sus ideas, y captándose la amistad de la mujer y de las hijas de Duplay para merecer una mirada de Robespierre: tales eran los tertulios constantes de este célebre patriota.

Allí se hablaba de la revolución; otras veces, despues de una corta conversacion y algunas chanzas con las jóvenes, Robespierre, que queria cultivar el talento de su novia, leia en voz alta á la familia, con mucha frecuencia, alguna de las tragedias de Racine. Le gustaba declamar estos hermosos versos, sea para ejercitarse en la tribuna por la declamacion teatral, sea para elevar aquellas almas sencillas á la altura de los grandes sentimientos ó de los grandes caracteres de la antigüedad. Rara vez salia por las noches. Dos ó tres veces al año llevaba á madama Duplay y á sus hijas al teatro, y esto era siempre al Frances y á representaciones clásicas. Le gustaban mucho las declamaciones trágicas, que le recordaban la tribuna, la tiranía, el pueblo, los grandes crímenes y las grandes virtudes, teatral hasta en sus sueños y en sus distracciones.

Los demas dias, Robespierre se retiraba temprano á su cuarto, se acostaba, y se levantaba en seguida para trabajar por la noche. Los innumerables discursos pronunciados en las dos Asambleas nacionales y en los Jacobinos, los artículos redactados para su periódico miéntras que lo tuvo, los manuscritos más numerosos aún que los discursos que preparaba y que no pronunció nunca, el cuidado de su estilo que se deja conocer en ellos, las correcciones continuas con que están enmendados por su pluma, atestiguan sus vigiliyas y su obstinacion. Cuidaba tanto del arte como del imperio, sabiendo que á la multitud le gusta lo bello tanto al ménos como lo verdadero; trataba al pueblo como los grandes escritores tratan á la posteridad, sin contar sus penas y sin familiaridad, cubriéndose con su filosofía y con su patriotismo.

Sus únicas distracciones eran algunos paseos solitarios, á imitacion de Juan Jacobo Rousseau, su modelo, por los Campos Elíseos y por los alrededores de Paris, no teniendo más compañero en sus excursiones que su gran perro alano, que se acostaba á la puerta de su cuarto y que le seguia siempre que salia. Este perro colosal, conocido en todo el barrio, se llamaba Brount. Robespierre le queria mucho, y jugaba continuamente con él. Esta era la única escolta de este tirano de la opinion, que hacia temblar al trono y emigrar al extranjero toda la aristocracia de su país.

En los momentos de agitacion extrema, y cuando se temia por la vida de los demócratas, el impresor Nicolas, el cerrajero Didier y algunos amigos acompañaban á lo léjos á Robespierre. «Dejadme salir de vuestra casa é irme á vivir solo,—le decia á su patron;—comprometo á vuestra familia, y mis enemigos acriminarán á vuestros hijos por haberme querido.» «No, no; morirémos juntos, ó el pueblo triunfará»,—respondia Duplay. Algunos domingos, toda la familia salia de Paris con Robespierre, y el tribuno, vuelto hombre, se extraviaba con la madre, las hermanas y el hermano de Leonor en los bosques de Versalles ó de Issy.

Así vivia este hombre, cuyo poder, nulo en torno suyo, se hacia inmenso ale-

jándose de su persona. Este poder no era más que un nombre. Este nombre sólo reinaba en la opinion. Robespierre habia llegado á ser poco á poco el único nombre que el pueblo repetia sin cesar. A fuerza de hablar en todas las tribunas como el defensor de los oprimidos, habia impreso su imágen y la idea de su patriotismo en el pensamiento de aquella parte de la nacion. Su permanencia en casa del carpintero, su vida en comun con una familia de honrados artesanos, no habian con-



Collet-d'Herbois.

tribuido poco á grabar el nombre de Robespierre en la masa revolucionaria, pero proba, del pueblo de Paris. Los Duplay, sus obreros y sus amigos en los diversos barrios de la capital, hablaban de Robespierre como del tipo de la verdad y de la virtud. En aquel tiempo de fiebre de opinion, los trabajadores no iban como hoy despues de su tarea á los sitios de placer ó de desórden, para emplear las horas de la noche en vanas conversaciones. Un solo pensamiento agitaba, dispersaba y reunia la multitud. Nada habia aislado ni individual en las impresiones; todo era colectivo, popular, tumultuoso. La pasion brotaba de todos los corazones y sobre todos los corazones á la vez; los periódicos, con un número incalculable de suscri-

tores, llovian á todas horas y sobre todas las clases de la poblacion, como otras tantas chispas sobre materias inflamables; anuncios de todas formas y dimensiones y de todos colores detenian en todas las esquinas á cuantos pasaban, y sociedades populares tenian sus tribunas y sus oradores en todos los barrios. Los negocios públicos habian de tal modo llegado á ser los asuntos de cada uno, que hasta aquellos que no sabian leer, se agrupaban en los mercados y en las plazas alrededor de lectores ambulantes que les leian y comentaban los papeles públicos.

Entre todos aquellos nombres de diputados y de oradores que resonaban en su oido, el pueblo escogia algunos nombres favoritos, se apasionaba por ellos y se irritaba contra sus enemigos, confundiendo su causa con la suya. Mirabeau, Petion, Marat, Danton, Barnave y Robespierre habian sido ó eran todavía sucesivamente aquellas personificaciones de la multitud; pero de todas estas popularidades, ninguna se habia más lenta y más profundamente arraigado en el espíritu de las masas que la del diputado de Arras.

Esta popularidad se eclipsó un momento despues del 10 de Agosto por la de los hombres de accion de aquel dia, tales como Danton y Marat; pero este olvido del pueblo hácia su favorito no fué largo. Hemos visto que Robespierre, llamado al Consejo de la municipalidad al dia siguiente de la victoria, habia tomado una parte activa en sus deliberaciones, redactado sus decretos y promulgado sus voluntades, como orador de muchas diputaciones, en la barra de la Asamblea legislativa. Convencido de que al fin habia sonado la hora de la república, y que detenerse ante la indecision era detenerse en la anarquía, Robespierre habia aceptado la república y violentado con sus palabras á los girondinos para arrancarles el gobierno y entregarle al pueblo de Paris. Hasta el 2 de Setiembre se habia confundido así en el ayuntamiento con los directores del movimiento de la municipalidad y con los dictadores de Paris. Pero el dia en que Danton y Marat organizaron y regularizaron el asesinato, ora previendo la justa vuelta de la indignacion pública, ora por el horror de sangre entónces, Robespierre dejó de presentarse en la casa de la ciudad, y despues del 2 de Setiembre no volvió allá más. Hemos visto en qué términos manifestó á Saint-Just la conmocion de su alma contra aquellas inmolaciones en masa. Le repugnaban de tal modo en estos primeros tiempos, que no quiso á ningun precio que se le confundiese con sus colegas de la municipalidad, por miedo de que cayese sobre él una mancha de la sangre de Setiembre.

A medida que aquellas proscripciones contempladas á sangre fria parecian más odiosas, Robespierre aparecia más puro. No se olvidaba su inaccion, y se le agradecia no hubiese ensangrentado su carácter, y haber querido conservar á la causa del pueblo el prestigio de la justicia y de la humanidad. La reaccion de la opinion contra las jornadas de Setiembre conducia á él todos los partidos extremos, pero no perversos.

El dia de la primera sesion de la Convencion era aún el hombre incorruptible de la revolucion, tan incorruptible á la sangre como al oro. Su nombre lo dominaba todo. La misma municipalidad, que no toda habia tenido parte en los asesinatos de Setiembre, se gloriaba con Robespierre, y le concedia con afectacion toda la autoridad sobre sus actos. Conocia que su fuerza moral estaba en él. Los girondinos lo conocian tambien, y temian poco á Marat, harto monstruoso para seducir, negociando con Danton, bastante venal para ser seducido; y aunque desde-

ñando el aún subalterno talento de Robespierre, éste era el hombre ante quien temblaban, el único, en efecto, despues de Danton, que podia disputarles la direccion del pueblo y el manejo de la república.

Pero ya hacía mucho tiempo que Robespierre habia cesado en toda intimidad con madama Roland y sus amigos. Vergniaud, lleno de elocuencia y confiando en su poder de atraccion, despreciaba la palabra sorda de Robespierre, que reprendia siempre, pero que no estallaba nunca. Creia que el poder de los hombres se perdia por su genio, y el de Robespierre se arrastraba al pié de la tribuna, en la que Vergniaud reinaba ya. Petion, mucho tiempo amigo de Robespierre, no le perdonaba el que le hubiese quitado la mitad del favor público. La popularidad no admite tanta division como el mando. Louvet, Barbaroux, Rebecqui, Isnard, Ducos, Fonfrede, Lanjuinais, todos estos jóvenes diputados en la Convencion, que creian llegar á Paris con la omnipotencia de la voluntad nacional y hacer inclinarse todo bajo la Constitucion republicana que ellos iban á deliberar libremente, se indignaban al hallar en la municipalidad un poder usurpador y rebelde que era preciso derribar ó sufrir, y en Robespierre un tirano de la opinion con quien era necesario contar. Las cartas de estos jóvenes á los departamentos están llenas de expresiones de cólera contra los agitadores de Paris. Difundíanse rumores de dictadura, ya por los partidarios de Robespierre, ya por sus rivales. Marat acreditaba estos rumores, no cesando de pedir al pueblo volviese á entregar á un solo hombre el poder y el hacha para inmolar á todos sus enemigos á la vez. Los girondinos aumentaban estas noticias sin creerlas. Los partidos se combatian con sospechas, y cuando la sospecha de realismo no podia alcanzar á nadie, la sospecha de aspirar á la dictadura era el golpe más mortal que los partidos podian darse.

Si la soberanía de la opinion era el único sueño de Robespierre, en una confusa lontananza, segun su confidente Lebas creia leerlo en los pensamientos de su amigo, el aspirar entónces á una dictadura directa era una calumnia contra su buen sentido. Aún necesitaba aumentar inmensamente la confianza y el fanatismo del pueblo en su favor para atreverse á dominar la representacion. Sus enemigos se encargaban de elevarle atacándole; acusarle de pretender la dictadura era prestar dos servicios á su fama. Era por un lado prepararle una ocasion fácil y cierta de demostrar su inocencia; era por otro dar la idea del crimen de que se le acusaba, y formarle una candidatura para el poder supremo por conducto mismo de sus calumniadores; doble fortuna para un ambicioso.

VII

La cólera y la impaciencia de los jóvenes girondinos no hicieron ninguna de estas reflexiones. Se reunieron en casa de Barbaroux, se acalararon con sus mismas prevenciones, y resolvieron atacar de repente y cuerpo á cuerpo la tiranía de Paris en la persona y bajo el nombre de Robespierre. Echando sobre él todo lo odioso de aquella tiranía, tenian la ventaja de aflojar del lado de Danton, á quien temian más; creian de este modo atacar la municipalidad por lo más vulnerable de sus triunviros, y no dudaban triunfarian con facilidad. Algunos de sus amigos de más edad y más contemporizadores, como Brissot, Sieyes y Condorcet, les aconsejaron dilatar el ataque, y esperar á que se suscitase un conflicto inevitable y